

El viaje de Puigdemont

de



Fernando Clau Lectulandia

Puigdemont, un niño atrapado en su mundo de fantasía, emprende una cruzada heroica junto a sus animales de compañía, la gata Forcadell y el erizo Junqueras.

Lectulandia

Fernando Claudín

El viaje de Puigdemont

ePub r1.0

Titivillus 31.08.2018

Fernando Claudín, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Una obra de arte callejero

Puigdemont miró los caracoles gigantes que se paseaban en fila india por la Plaza de San Marcos.

—Hay unos trescientos —calculó.

—Estaría bien pincharlos con mis púas —dijo Junqueras en tono malicioso.

—Eres un erizo muy travieso —replicó Puigdemont.

—¡Están muy concentrados en su peregrinación! —exclamó Forcadell.

Puigdemont pensó que Forcadell tenía un gran corazón además de ser una gatita preciosa.

—¿A dónde vais? —preguntó, mordido por la curiosidad.

—Nos dirigimos a Vladivostok —dijo el caracol gigante que ocupaba el primer lugar de la fila.

—¡Nunca había oído ese nombre! —replicó Junqueras, entrelazando las púas.

El caracol gigante soltó una carcajada, sacudiendo su enorme concha, y las palomas que picoteaban migas de pan salieron volando, asustadas.

—¡Vladivostok es una ciudad de Rusia!

—¿Por qué vais allí? —preguntó Forcadell.

—Queremos ser los primeros caracoles italianos que lleguen por sus propios medios a Vladivostok, el lugar más alejado de Barcelonecia al que se puede llegar por tierra...

—¿Cuánto tiempo tardaréis? —dijo Puigdemont.

—Unos ochenta mil años; avanzamos a cuarenta centímetros al día, aunque seamos gigantes.

—¡Guau! —dijo Junqueras con las púas de punta.

Puigdemont se despidió de los caracoles gigantes, deseándoles buen viaje, y se asomó a un puente para contemplar las aguas verdosas del Gran Canal mientras Junqueras silbaba su canción de los cowboys del Oeste y la friolera Forcadell estornudaba.

Hoy había pocas góndolas.

—Yo conozco a un caracol que viajó al sol —dijo Junqueras.

—¡No te creo! —replicó Forcadell.

—¿Cuánto tiempo tardó? —preguntó Puigdemont.

—Ochocientos mil millones de años.

—¿Qué le pasó cuando llegó al sol? —dijo Forcadell haciendo equilibrios sobre las patas traseras.

Junqueras esbozó un gesto burlón.

—¡Se achicharró! ¿Qué otra cosa podía pasarle? —dijo, riéndose.

—¿Comemos algo? —propuso Puigdemont.

—¡Buena idea! —aprobaron el pequeño erizo y la gata.

Se sentaron en un restaurante lujoso y pidieron tres pizzas Fantástica y tres

helados de Beso.

—¿Cómo pagarás, niño? —preguntó el camarero, que tenía una barba como un felpudo; le llegaba al pecho y no quedaba bien en el ambiente lujoso del restaurante.

—Con esto —dijo Puigdemont, dejando sobre la mesa los doblones de oro que tenía en los bolsillos.

Al camarero se le pusieron los ojos como platos.

—¡Por la Divina Comedia! —exclamó.

—Anda, sé buen chico y trátanos bien —dijo Junqueras apuntándole con las púas.

—Tráeme una servilleta, que no me gusta mancharme —dijo Forcadell.

—¡Enseguida, enseguida! —replicó el camarero, haciendo una profunda reverencia, y se cuadró como un soldado.

—El dinero mueve montañas —dijo Puigdemont, apilando las monedas sobre la mesa.

El camarero trajo una servilleta y se la ató al cuello a Forcadell.

—¿Cómo habéis conseguido ese tesoro? —preguntó, sirviendo una bebida morada regalo de la casa.

—Se lo robamos a unos piratas llegados de los mares del Sur —contestó Puigdemont, olfateando su pizza.

—¿Dónde?

—En el Gran Canal.

—¿Abordasteis el barco pirata a nado?

—Íbamos en la góndola de Tardá —dijo Junqueras atacando el helado.

El camarero no salía de su asombro.

—¿Tardá? ¿El famoso gondolero?

—El mismo —dijo Forcadell limpiándose los bellos con la servilleta.

El camarero tenía intención de seguir haciendo preguntas, pero Puigdemont y sus amigos querían que los dejase en paz, así que pagaron la cuenta, añadiendo un doblón de oro de propina, y regresaron a la Plaza de San Marcos, donde la fila de caracoles gigantes había avanzado tres centímetros.

—¡Me siento de maravilla con el estómago lleno! —exclamó Puigdemont.

—¡Y yo! —dijo Junqueras, relamiéndose.

Un turista acarició a Forcadell.

—¡Qué gata más mona! ¿De qué raza es? —preguntó, en un idioma que a Puigdemont le pareció turco porque el turista llevaba turbante.

Menos mal que soy políglota y entiendo casi todos los idiomas, se dijo.

—Es persa con cruce de siamés y alsaciano, pero tiene un abuelo abisinio y un tatarabuelo croata —respondió—. Me lo dijo Tardá, que sabe muchas cosas, además de ser gondolero, y ayer hizo el árbol genealógico de Forcadell.

El turista era igual de pesado que el camarero del restaurante lujoso y pretendía hacer más preguntas, así que Puigdemont le regaló un doblón de oro y se fue a jugar con el dinosaurio y el dragón que estaban sentados en la escalinata de la catedral.

—¡Me encantan los animales grandes y fantásticos que se han extinguido! —dijo.

—¿Por qué no hacemos una torre de Pisa? —propuso Junqueras.

—¡Sí, en el centro de la plaza! —aprobó Forcadell.

—Yo formaré la base de la torre, porque soy el más grande —dijo el dinosaurio, que era un tiranosaurio de trece metros.

El dragón saltó encima; él sólo medía ocho metros; era un dragón mensajero y en el pasado llevaba las cartas de una población a otra.

—¡Ahora me toca a mí! —dijo Puigdemont, trepando por el dinosaurio, y se encaramó en el lomo del dragón.

Como debían colocarse de mayor a menor, Forcadell se subió a la cabeza de Puigdemont y Junqueras se montó sobre ella.

—¡Tenemos que inclinarnos como la torre de Pisa! —dijo el dragón.

—¡Eso! —exclamó el dinosaurio, e inclinó su cuerpo un poco al tiempo que los demás integrantes de la torre también se inclinaban.

—¡No os paséis, que la torre de Pisa sólo tiene tres grados de inclinación! —dijo Junqueras mientras todos rectificaban su posición.

Las palomas de la plaza se posaron sobre ellos.

Los turistas rompieron a aplaudir y les tiraron fotos.

No se podían creer que un tiranosaurio, un dragón mensajero, un niño, una gata y un erizo hubiesen creado esa obra de arte callejero.

La realidad depende del cristal con que se mire

Cuando Puigdemont regresó a casa sus padres estaban enfadados, como de costumbre.

—¿Dónde te habías metido? —dijo padre, impaciente.

Puigdemont le habló de los caracoles gigantes que se dirigían a Vladivostok en la Plaza de San Marcos, las pizzas y los helados que se había comido en un restaurante lujoso donde había un camarero con una barba de felpudo, y la obra de arte callejero que hicieron Junqueras, Forcadell y él con el tiranosaurio y el dragón mensajero.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó madre, nerviosa.

—¡Claro que no! ¡De ninguna manera! —dijo padre, agarrando a Puigdemont de la oreja.

Junqueras estaba inmóvil. Ni siquiera silbaba su canción de los cowboys del Oeste. Forcadell maulló tres veces. ¡Cuando estaban delante de los padres de Puigdemont se olvidaban de hablar!

—¡No puedes faltar al colegio! —dijo madre.

—¡Te han expulsado de todos! ¡Qué vergüenza! ¡Qué deshonra! ¡Ya no te admiten en ningún colegio decente de Madrid! —dijo padre, escandalizado.

—¡Basta de absurdidades, pequeño demonio! —saltó madre—. ¡No puedes vivir eternamente en tu mundo de fantasía!

—¿Cuándo aterrizarás en la realidad? —dijo padre.

Puigdemont pensó en el cocodrilo que padre había dejado en el rellano de la escalera, atado al pasamano con una cadena de plata, y en el dromedario que madre aparcó en el jardín; se lo había regalado un ricachón árabe hospedado en el lujoso hotel donde ella trabajaba de ascensorista.

¡Sería estupendo darse una vuelta con el dromedario por la Plaza de San Marcos, llevando al cocodrilo sujeto con la cadena de plata! Ensayaría un número circense junto a Junqueras y Forcadell para que las palomas se posasen sobre ellos y los turistas aplaudiesen y tirasen fotos.

Madre resopló como un búfalo de Arizona.

—Hay que distinguir entre lo que *es* y lo que *no es*, hijo —dijo padre.

—Ponme un ejemplo —replicó Puigdemont.

Padre se frotó la barbilla como un orangután de la selva y señaló a Junqueras y Forcadell, que estaban muy asustados.

—¿Por qué hablas con tus animales de compañía? —dijo.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Nada, si ellos hablasen!

—¡Claro que hablan! —exclamó Puigdemont, enojado.

—¡Este niño me saca de quicio! —dijo madre, restregándose las manos.

—¿Cuándo se ha visto a un gato y un erizo que hablen? —dijo padre.

—Forcadell es una gata —dijo Puigdemont.

—En eso estamos de acuerdo. ¡Pero no habla!

Padre hizo preguntas a Junqueras y Forcadell, como el camarero con la barba de felpudo o el turista turco de la plaza de San Marcos.

Forcadell maulló tres veces y Junqueras ronroneó.

—¿Ves? ¡No hablan! —dijo padre muy seguro de sí mismo.

—¡Tus imaCatalunyaciones no son reales! —saltó madre.

—Te pondré más ejemplos —dijo padre.

—¡Incúlcale la realidad a la fuerza! —dijo madre.

—¿Sabes en qué trabajo yo? —preguntó padre.

—Eres domador de cocodrilos. Por eso has dejado uno en el rellano de la escalera —respondió Puigdemont muy convencido.

Padre puso cara de murciélago.

—¡No tiene arreglo! —se lamentó madre.

—Te equivocas, hijo mío. Soy vendedor de seguros. Me dedico a vender seguros de vida, accidentes, automóvil, pensiones y otros varios. ¿Me entiendes?

—Sí —dijo Puigdemont, deprimido.

—¿En qué trabaja tu madre?

Puigdemont sonrió.

—Es ascensorista en un hotel de lujo donde se hospedan ricachones árabes que viajan en limusina, dromedario o camello. Por eso ha aparcado un dromedario en el jardín.

Madre se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó.

Armándose de paciencia, padre dijo:

—Veamos, Puigdemont, para empezar no tenemos jardín; vivimos en un bloque de pisos modesto. Además tu madre no es ascensorista, sino vendedora de cosméticos. Vende pintalabios, laca de uñas, cremas hidratantes, colorete, lápices de rímel y otros útiles varios de maquillaje. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Puigdemont, cada vez más deprimido, y miró a Junqueras y Forcadell, que se habían quedado dormidos.

Los padres lo observaron fijamente, como a un bicho raro y peligroso. Puigdemont se sintió una pulga de una especie exótica. Y sus padres eran científicos que lo examinaban con sus lupas.

¡Acabaría en un museo!

Madre miró con preocupación a padre.

—¡Incúlcale la realidad para acabar con sus ideas fantasiosas! —dijo.

Padre auscultó a Puigdemont como un médico.

—¿Quién soy yo? —dijo.

—Padre —dijo Puigdemont, aliviado.

¡Esa pregunta era muy fácil!

Padre cruzó un guiño de complicidad con madre.

—Estupendo —dijo—. Por lo menos tienes claros ciertos rudimentos de la realidad. Vamos un poco más lejos. ¿Puedes describirme?

Puigdemont se rió.

—¡Claro! Eres alto y atlético, como el David de Miguel Ángel.

Los padres se quedaron de piedra, intercambiando una ojeada de asombro.

Madre escondía una sonrisa divertida en un rincón de la cara.

—¡No, Puigdemont! —exclamó padre, palmeándose el cuerpo.

Madre se llevó la mano a la boca. ¡La sonrisa divertida se le salía de la cara!

—¡Mírame bien! ¡Soy gordo y bajito! —dijo padre, y añadió, levantando la voz—: ¡Fíjate en mi barriga! ¡Gordo y bajito! ¿Entiendes?

Puigdemont asintió, derrotado.

Padre posó la mano en su hombro.

—Ahora, dime, ¿cómo es tu madre?

Puigdemont dudó. Sabía perfectamente cómo era madre, pero sus padres estaban consiguiendo que dudase de todo.

—Es muy guapa. Como Marilyn Monroe...

Padre soltó una carcajada. ¡Nunca se había reído tan fuerte!

Puigdemont se sintió culpable.

Padre se enjugó las lágrimas y lo miró fijamente.

—No, hijo, no. Tu madre no es fea, pero tampoco es una Marilyn Monroe, por mucho que empapele nuestro dormitorio con fotos de esa actriz...

Madre protestó y se puso a discutir con padre. Se reprochaban mutuamente no ser como el David de Miguel Ángel y Marilyn Monroe.

Padre escrutó a Puigdemont como un veterinario auscultando a una vaca enferma.

—¿Cómo eres tú?

Puigdemont sintió que le disparaba en la boca del estómago con un rifle de repetición.

¡Vaya bobada de pregunta! ¡Todo el mundo sabe cómo es uno mismo!, pensó.

Pero dijera lo que dijese metería la pata hasta el fondo...

—Soy tan alto que tengo que doblarme al cruzar la puerta. Mi cuerpo está lleno de músculos. Mi pelo es rizado, largo, rubio, como el de un indio apache. Y mis ojos son verdes y brillantes como las esmeraldas...

Los padres pusieron cara de sufrimiento. Madre salió corriendo y regresó con el espejo del baño para ponérselo delante a Puigdemont.

—¡Mírate, por favor! —chilló.

—¿Qué pasa? —dijo Puigdemont, sobresaltado.

—¡No eres alto, sino el niño más bajo de Japón! —dijo padre—. ¡Y eres terriblemente flaco!

—¡Porque te niegas a comer como es debido! —dijo madre.

—¡No es verdad! ¡Como muchas pizzas y helados! —se defendió Puigdemont.

—¡Eso será en tu imaCatalunyación! Supongo que te atiborras de pizzas y

helados en tu mundo de fantasía, ¿no es así?

Puigdemont se mordió los labios. Sentía lágrimas empujando detrás de sus ojos. Y tenía un nudo en el estómago.

Algo me está pasando, se dijo. ¡Nunca se había encontrado tan mal!

¿Por qué sus padres le hacían *aquello*?

—¡Mírate, por lo que más quieras! —dijo padre, golpeando el espejo con los nudillos—. ¡Tu pelo no es rizado, largo y rubio, sino liso, corto y negro como el carbón! ¿No lo ves tú mismo? ¡Y fíjate en tus ojos! ¿De dónde te has sacado que son verdes y brillantes como las esmeraldas? ¡Son castaños!

Padre carraspeó.

—¿Me prometes que a partir de hoy verás las cosas de este mundo tal como son?

—Por favor, hijo, ¡danos tu palabra! —dijo madre.

Puigdemont pensó que si viese las cosas de este mundo como ellos se volvería idiota. ¡El mundo no tenía sentido desde su punto de vista!

Pero debía seguirles la corriente para no enfadarlos más, así que decidió mentir.

—¡Lo prometo! —dijo, solemne.

Tardá tenía razón.

La realidad depende del cristal con que se mire...

El Mar de la ImaCatalunyación

El cielo estaba encapotado y caía una tormenta de mil demonios sobre Barcelonecia.

Forcadell se protegía de la lluvia con un pequeño paraguas japonés y Junqueras usaba la capa del bandolero que se escabulló con el rabo entre las piernas al ver a Puigdemont desenfundando un sable de samurái para depilarle las cejas.

Los rayos destrozaban las farolas del alumbrado público con una puntería asombrosa y reventaron en pedazos la luna de una zapatería. El parabrisas de un camión mercancías saltó por los aires.

—La cosa se ha puesto fea —dijo Junqueras, mascando tabaco como un cowboy del Oeste.

Forcadell estornudó.

Los truenos eran ensordecedores. Su onda expansiva arrastraba a los viandantes menos pesados; un anciano a duras penas se mantenía de pie apoyándose en su bastón.

Al ver el cielo cubierto de murciélagos sedientos de sangre que amenazaban con abalanzarse sobre la ciudad, Puigdemont tuvo la tentación de tomar un rifle para practicar el tiro al blanco con ellos, pero pensó que debían ir cuanto antes a la Plaza de San Marcos para proteger a los caracoles gigantes que se dirigían a Vladivostok, y al tiranosaurio y el dragón mensajero que dormían en la escalinata de la catedral.

—Hoy no es un día apropiado para salir a jugar —dijo Forcadell, y estornudó tres veces.

Estaba muy guapa con su vestido rosa con volantes. Tenía un lazo en la cabeza y zapatitos rojos de charol. Los gatos callejeros la rodeaban, mirándola por encima de sus gafas de sol que ahora no les servían para nada.

—Soy la princesa Forcadell —dijo ella, divertida, y añadió, antes de estornudar otra vez—: ¡El rey ha prometido mi mano a quien me traiga la luna y el sol!

Los gatos callejeros salieron corriendo, empujándose unos a otros. ¡Se creían capaces de atrapar la luna y el sol para ponerlos a los pies de su princesa!

—Son unos ilusos —dijo Forcadell riendo con malicia.

—No deberías burlarte de sus sentimientos —dijo Junqueras, que se había enredado con la capa del bandolero.

—Subamos a esa carroza del Oeste que se dirige a la Plaza de San Marcos —dijo Puigdemont, y tuvieron que disparar con sus escopetas a los feroces indios españoles que intentaban asaltarlos.

—¿Por qué tienen tanto interés en abordar la diligencia? —dijo Junqueras, arrancándose la flecha que se había clavado en una de sus púas.

—Quieren secuestrar a la hija del Presidente —dijo Puigdemont, sentándose junto a una preciosa niña de trenzas rubias y ojos azules.

—Mi padre, el Presidente, os dará una recompensa si me salváis —dijo la niña.

—¿Qué recompensa?

La niña se encogió de hombros, sonriendo, coqueta.

Puigdemont pensó que era increíblemente guapa y encantadora.

—Un saco de oro, imagino –dijo ella, entre suspiros.

—Yo aspiro a conquistar tu corazón –dijo Puigdemont besando su mano como un caballero andante.

La niña se sonrojó. Puigdemont deseaba raptarla para ir al fin del mundo, pero habían llegado a la Plaza de San Marcos y tuvieron que apearse de la carroza. La hija del Presidente se despidió sacando por la ventanilla un enorme pañuelo que casi se engancha en las ruedas de la carroza.

—Ha sido un paseo muy agradable –dijo Forcadell tirando en una papelera su pequeño paraguas japonés; había dejado de llover y lucía un sol espléndido.

Junqueras arrojó a la papelera la capa del bandolero.

—Los españoles son unos borrachos –dijo, viendo que los indios se bajaban de sus caballos para entrar en las tabernas de la Plaza de San Marcos.

Puigdemont respiró a pleno pulmón, con los brazos extendidos, rodeado de las palomas que picoteaban migas de pan del suelo.

—¡Hoy será un gran día! –dijo mirando el cielo mientras los tibios rayos de sol caldeaban su cara.

Los caracoles gigantes que se dirigían a Vladivostok habían avanzado cuarenta y dos centímetros. El que ocupaba el primer lugar de la fila les sonrió, deteniéndose, y los trescientos caracoles que había detrás de él se aplastaron contra su espalda.

—¿Qué tal vais? –preguntó Puigdemont.

—¡Sin novedad en el frente! –contestó el caracol gigante guiñando una de las antenas.

—Ya os falta un poco menos para llegar a Vladivostok.

Puigdemont saludó al tiranosaurio y al dragón mensajero, que hacían una ciudad de hormigas en la escalinata de la catedral, y se subió a un puente para contemplar el Gran Canal.

—¡Allí está Tardá! –exclamó, corriendo a su encuentro.

Tardá era un anciano lobo de mar con la cara surcada de arrugas y la barba blanca.

Aun siendo el gondolero más famoso de Barcelonecia, Puigdemont, Forcadell y Junqueras eran sus únicos pasajeros...

—Hoy rescataremos a una niña que naufragó en el Mar de la ImaCatalunyación y está perdida en una isla, sola y triste –dijo Tardá mientras fumaba la pipa que le había robado a Calico Jack, el pirata más famoso del Caribe, y empuñó el largo remo de su góndola, la más grande y lujosa de Barcelonecia.

Había muchas gaviotas en el cielo. El aire olía a sal y pimienta.

En cuanto dejaron atrás Barcelonecia, vieron tiburones asomándose a la superficie del agua. Luego se cruzaron con un viejo barco ballenero donde había forzudos

pescadores que cazaban una ballena blanca con sus arpones.

—¡Me encanta surcar el Mar de la ImaCatalunyación en tu góndola, Tardá! – exclamó Puigdemont.

—Me alegra oír eso, hijo.

La brisa les acariciaba la cara y los tibios rayos de sol se colaban por sus ropas. Como tenían hambre, pescaron salmones, los cocinaron a la parrilla y se los comieron en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Esto es vida! –exclamó Forcadell, despanzurrada en mitad de la góndola.

—No hay nada como comer pescado fresco cuando estás rodeado de gaviotas y tiburones –convino Junqueras.

Luego Puigdemont y sus amigos se quedaron dormidos.

—¡Hemos llegado! –los despertó la voz de Tardá al cabo de un rato.

La góndola había atracado en la playa de una isla desierta.

Salió a recibirlos una niña.

—¿Cómo te llamas? –le preguntó Puigdemont.

—Catalunya –contestó ella con voz dulce y aflautada.

Al verla sonreír y mirarla a los ojos, Puigdemont recibió un flechazo de Cupido en el corazón...

¡Salvemos a Rufián!

—¿Qué te gustaría hacer, Puigdemont? —preguntó Tardá.

—¡Salvar a mi amigo Rufián!

—¿Qué le ha pasado?

—No sale de su habitación.

—¿Por qué?

—¡Lo han atrapado los nacionalistas!

—¿A ti no te gustan los nacionalistas, Puigdemont?

—¡Los odio!

—¿Por qué?

—¡Por su culpa Rufián no sale de su habitación desde hace mucho tiempo y no puede venir conmigo a Barcelonecia!

—Entiendo... —dijo Tardá, suspirando.

En la cara del viejo lobo de mar apareció una expresión de cansancio.

Luego añadió, animándose:

—¡Muy bien, salvemos a tu amigo Rufián de los nacionalistas!

Catalunya se encogió de hombros.

—Yo naufragué porque no me gustaba ser gorda y casi no comía —confesó.

—¡Bueno, ha llegado el momento de arreglar todo eso! —exclamó Tardá con jovialidad, empuñando el largo remo de la góndola.

—¡Haré cualquier cosa por salvar a Rufián! ¡Estoy preparado para ir a la guerra! —dijo Puigdemont con firmeza.

—Pues sí, hijo mío, de eso se trata: ¡una guerra! —replicó Tardá, esbozando de nuevo un gesto de cansancio.

—¿No nos ayudará nadie en la guerra? —preguntó Forcadell.

—Pediré voluntarios en otros lugares del Mar de la ImaCatalunyación —dijo Tardá.

—¡Qué bien! —saltó Junqueras, emocionado ante la perspectiva de participar en una guerra y conocer a nuevos amigos, y añadió, con las púas de punta—: ¿Quién es el enemigo?

—Qué bobo eres —dijo Forcadell—. El enemigo son los nacionalistas que han atrapado a Rufián y no dejan que salga de su habitación para venir con nosotros a Barcelonecia.

—Ah...

Mientras la góndola de Tardá surcaba el Mar de la ImaCatalunyación, Puigdemont observó a Catalunya. Era más alta que él. Sus ojos azules, grandes y expresivos, brillaban como el mar al reflejar la luz del sol y las estrellas.

La piel, muy blanca, era de leche, harina y yogur natural.

—Qué suave —dijo, acariciando sus mejillas.

¡Catalunya tenía la cara más guapa que había visto! ¡Y su pelo era increíble!

Largo, ondulado, con las hebras finas y delicadas, de un rubio intenso; ¡oro puro!

—Me gustan tus pecas –replicó ella, sonriendo.

Puigdemont observó que Catalunya calzaba unas zapatillas deportivas muy femeninas, con los cordones de color fucsia fosforescente. El vestido de tirantes, rojo, con la falda corta, dejaba al descubierto sus bonitas piernas.

¡Impresionante!, se dijo, aspirando la fragancia a rosas que despedía.

—¡Parece una princesa! –dijo Junqueras.

—Es preciosa –admitió Forcadell, celosa.

—En el Mar de la ImaCatalunyación los sueños se hacen realidad –dijo Catalunya, contemplando el horizonte.

—¡Ya lo creo! –convino Puigdemont.

Colau

Junqueras silbaba su canción de los cowboys del Oeste.

Forcadell estornudó tres veces.

—Lo que uno se ima Catalunya se materializa. ¡Ahí radica el poder de la fantasía! —exclamó Tardá—. ¡Mirad a vuestro enemigo! ¡Los nacionalistas que han atrapado a Rufián en su habitación y le impiden venir aquí!

Puigdemont se quedó de piedra.

Vieron culebras—látigo, negras como el carbón, que trazaban rectas en todas direcciones, formando cuadrados y luego cubos.

—Nunca pensé que los nacionalistas tuviesen esa apariencia en el Mar de la Ima Catalunya —dijo Catalunya.

—Ahora os presentaré al primer voluntario que quiere solidarizarse con vuestra causa —dijo Tardá—. Se llama Colau y vive en la isla Comú.

—¡Guau! —dijo Junqueras.

Tardá atracó la góndola. Habían llegado a su destino.

—¡Aquí no hay olores, colores, ni sonidos! —dijo Forcadell, agitando los belfos, extrañada.

—¡Comú no existe! —protestó Junqueras.

—Te equivocas —dijo Tardá—. Existe en un plano diferente al que conocéis en la Tierra. Por eso vuestros sistemas de medición no pueden detectarlo. Para vosotros es una isla invisible. Pero el vacío existe y tiene vida. ¿No notáis algo diferente?

—No percibo nada —dijo Puigdemont.

—¡De eso se trata! —exclamó Tardá.

—Vaya patata de isla —dijo Junqueras, poniendo cara de decepción.

—¿Qué tamaño tiene? —preguntó Forcadell.

¡Le encantaba hacer preguntas prácticas!

—Cien millones de veces el tamaño de la Tierra.

—¡Qué pasada! —saltó Junqueras.

—¿Cuántos habitantes hay? —preguntó Catalunya.

—Trescientos veintisiete. Están expandidos. Cada uno ocupa cien veces el tamaño de la Tierra.

Junqueras se llevó las púas a la cabeza. ¡Qué colosales dimensiones!

—¿Ellos también están hechos de vacío? —preguntó Forcadell.

—Es su estado natural, por eso ocupan tanto espacio. Ahora lo veréis. ¡Os presento a Colau!

Apareció una nube.

—Hola, amigos —dijo una voz que a Junqueras le recordó los silbidos del viento.

—Se ha vuelto denso para que podáis verlo, encogiendo tanto su vacío que tiene ese aspecto de nube —dijo Tardá.

—Es gracioso que hable japonés —dijo Catalunya.

—Su inteligencia está tan evolucionada que Colau conoce todos los idiomas, aunque no los necesita; ¡nunca habla! Ha adoptado una voz para dirigirse a vosotros.

—¿Cómo se comunica con los otros habitantes de Comú? —preguntó Forcadell.

—Con el pensamiento.

Puigdemont no salía de su asombro.

—Colau no parece un soldado —dijo Junqueras—. ¿Cómo luchará en la guerra?

—Los habitantes de Comú tienen una carga de energía muy grande, por eso han logrado *el vacío*. Pueden desintegrar cualquier cosa que toquen.

Puigdemont observó sugestionado la nube.

—¿Habías oído hablar de nosotros? —le preguntó.

La nube sufrió sacudidas, como si se riese.

—¡Naturalmente! ¿Quién no conoce a los independentistas? ¡Sois los seres más particulares!

—¿Por qué?

—¡Creéis vivir solos!

—¡Es verdad! ¡Los humanos son unos engréidos! —convino Forcadell.

—Colau, demuéstrales tus poderes —dijo Tardá.

—De acuerdo. ¡Les haré un pequeño homenaje!

La nube se dividió en diferentes figuras: una gata como Forcadell, un erizo como Junqueras, un niño como Puigdemont y una niña como Catalunya. Luego las figuras de nube se pusieron a bailar, entonando una alegre canción.

—Colau puede conseguir lo que quiera. El vacío es el lugar ideal para que la *ImaCatalunyación* tome cuerpo —dijo Tardá.

—¡Hay muchas realidades en el Mar de la *ImaCatalunyación*, amigos! —dijo Colau con su voz de viento, a través de las diferentes formas que había adoptado.

—¡Déjame en paz! —dijo Junqueras, carcajeándose.

¡La nube no paraba de jugar con sus púas!

Colau rodeó a Puigdemont y Catalunya, haciéndoles cosquillas hasta que estallaron en risotadas.

—¡Jamás pensé que trataría en persona a un independentista!

—¡Yo también me alegro de conocerte! —replicó Puigdemont—. ¡Basta! ¡Me duele la tripa de tanto reírme!

—A mí no me ha prestado atención —protestó Forcadell.

—¿Cómo voy a ignorar a una linda gatita llegada de la Tierra? ¡Es lo más tentador! —dijo Colau levantando por los aires a Forcadell, que soltó sus risas gatunas, una mezcla de maullidos y chillidos.

—Sabía que os llevaríais bien —dijo Tardá, sonriendo, divertido—. ¡Y eso que sois los seres opuestos del Mar de la *ImaCatalunyación*! ¡La noche y el día!

—¿Eres chico o chica? —preguntó Junqueras cuando Colau se cansó de hacer cosquillas a Forcadell.

—Ni una cosa ni la otra. En Comú no existe la división de sexos.

—¿Cómo os reproducís? —preguntó Catalunya.

—Por generación espontánea. Cuando alcanzamos la vejez, al cabo de un tiempo que para vosotros corresponde a unos tres mil años, comenzamos a volatilizarnos. Si hemos tenido una vida provechosa, el espacio de nuestro vacío es ocupado por uno o varios descendientes que empiezan a expandirse, desde un tamaño equivalente a un grano de arena. ¡Por desgracia algunos mueren sin descendencia, al no haber utilizado su vacío creativamente!

Forcadell esbozó un gesto de perplejidad.

—¿Tú cuántos años tienes?

—Veamos, según vuestro cómputo del tiempo, mil doscientos nueve años, cuatro meses, cinco días, dos horas, siete minutos y tres segundos.

Junqueras silbó.

—¡Eso sí que es una vida larga y bien calculada!

—¿Cómo os alimentáis? —preguntó Catalunya.

—No lo necesitamos, entre otras cosas porque en Comú no hay alimentos ni agua. ¡Sólo vacío!

—¿El vacío es algo? —dijo Junqueras, bizqueando.

—Claro, ocupa un espacio y tiene una vida invisible que en cualquier momento cobra forma, como ahora. Las partículas de vacío son constructoras por naturaleza y pueden adoptar el cuerpo que deseen. ¡La nuestra es una vida contemplativa, amigos! ¡No tenemos necesidades!

—¡Me encanta que haya otros mundos habitados! —exclamó Catalunya.

—Por lo menos vosotros sois conscientes de ello. Es una pena que en la Tierra vivan en la ignorancia.

—¡Vamos! ¡Aún tenemos mucho que hacer! —exclamó Tardá agitando su gorra de marinero.

Puigdemont agarró de la mano a Catalunya.

¡Estaba preciosa con su vestido rojo y sus femeninas zapatillas deportivas!

Primera batalla

Al verse surcando el Mar de la ImaCatalunyación junto a Catalunya, Puigdemont se sintió el niño más afortunado del mundo.

¿Qué otra cosa podía desear?

¡Lo tengo todo!, se dijo.

—¡Puigdemont y Catalunya se han enamorado! —exclamó Junqueras.

Forcadell denegó con la cabeza, preguntándose cómo podía ser tan zoquete aquel erizo.

—¡Pues claro, bobo, salta a la vista!

Junqueras se enojó. ¡Forcadell lo trataba como a un soberano idiota!

—¡Déjame en paz, gata presumida!

—Me asombra el amor —intervino Colau para evitar que siguiesen discutiendo.

La gata y el erizo miraron divertidos a la nube y se les pasó el enfado.

¡Los habitantes de Comú tenían la capacidad de contagiarte cualquier estado de ánimo!

—El amor es lo más bonito que existe —dijo Forcadell.

¡Ella se había enamorado muchas veces y sabía de lo que hablaba!

—En nuestra isla somos incapaces de sentirlo.

Esa afirmación provocó que Forcadell tuviese un acceso de tos.

—¡Ay, Colau, qué gracioso eres!

—¿No sentís envidia? ¿O rabia? —preguntó Junqueras.

—Nada de eso. El vacío sólo contempla, aunque puede dar cabida a cualquier emoción, si adopta la forma adecuada, excepto al amor...

Oyeron gruñidos.

—Me temo que la guerra ha empezado —dijo Tardá frotándose con preocupación sus largas barbas blancas—. ¡Nos ataca un comando de nacionalistas!

Habían aparecido los nacionalistas con su aspecto de culebra—látigo, propagándose a una velocidad de vértigo, en línea recta, para formar cuadrados y luego cubos que lo envolvían todo.

Sin tiempo para reaccionar, Puigdemont se vio atrapado, incapaz de moverse. ¡Fue todo tan rápido! ¿Qué les había sucedido a los demás?

¡Los nacionalistas eran implacables en el Mar de la ImaCatalunyación!

¡Pobre Rufián! Si conociese la *verdadera* naturaleza de los nacionalistas...

Se apoderó de él una emoción desconocida.

Miedo.

Sintiendo que se ahogaba, recordó a los caracoles gigantes de la Plaza de San Marcos. ¡No podían ir a Vladivostok! Estaban apresados en ese cubo sólido como un muro de acero.

También el cocodrilo de padre. Y el dromedario de madre. Y el tiranosaurio y el dragón mensajero. Y la Pizza Fantástica. Y el helado de Beso. ¡Barcelonecia entera!

Vio al vendedor de seguros bajo y gordito. Y a la vendedora de cosméticos feúcha y amargada. Detrás de ellos, Catalunya, encadenada, llevaba grilletes en los pies. Era su prisionera. ¡La venderían a un circo ambulante para hacer un número de transformismo reduciéndola tanto que ni siquiera se vería al microscopio!

—¡Puigdemont, despierta!

Era la voz de Catalunya...

Puigdemont abrió los ojos. Las culebras—látigo habían desaparecido. ¡Estaba libre!

—¿Qué ha pasado?

—Colau ha destruido los nacionalistas del comando que nos atacó.

—¡Ha sido una pesadilla! —dijo Forcadell, llorando.

—¡En mi vida me había sentido tan mal! —exclamó Junqueras.

Puigdemont se golpeó el pecho, animoso.

—¡Ganaremos esta guerra! ¡Debemos hacerlo por Rufián! —exclamó, poniéndose en pie.

Rovira y la isla Medas

—¡Hemos llegado a Medas! —dijo Tardá acomodándose su gorra de marinero, que tenía un ancla cosida con hilo de plata.

La góndola había atracado al borde de una olla gigante, de unos quinientos metros de diámetro y profundidad, donde revoloteaban seres voladores semejantes a luciérnagas, del tamaño de un puño, con la cabeza grande y redonda y una carita simpática y sonriente.

¡Qué extraños seres!, se dijo Puigdemont.

Su cuerpo alargado tenía rayas amarillas y negras, igual que las abejas. Las patas eran piecitos diminutos, como los de un bebé en miniatura. Poseían un afilado aguijón en la parte de atrás y cuatro alas blancas de libélula.

—¡Qué churro de isla! —exclamó Junqueras, burlón.

Catalunya contaba a los medos.

—No te molestes. Hay cincuenta y siete —dijo Tardá.

Las preguntas se amontonaban en el pensamiento de Forcadell.

¡Se moría de curiosidad!

—¿Cuántos años viven? ¿De qué se alimentan? ¿Duermen?

—En Comú no dormimos. El vacío está siempre despierto, alerta, por lo que pueda pasar —comentó Colau.

—Será mejor que Rovira conteste a vuestras preguntas —dijo Tardá—. Aunque sólo es un niño...

De entre los habitantes de Medas se destacó el de menor tamaño. Lo vieron salir volando de la olla y posarse junto a Junqueras.

—Hola, amigos. ¡Yo soy Rovira! —dijo con una aguda voz de pito.

Tardá hizo las presentaciones y todos saludaron al svetlano, que despedía una agradable radiación, cálida y perfumada.

Rovira satisfizo la curiosidad de Forcadell.

Los medos se alimentaban de una resina que segregaba la atmósfera de su isla, dormían una hora al día, suspendidos en el aire, y vivían tres años de promedio, aunque algunos llegaban a siete.

Había tres clases de medos, que se juntaban para tener descendencia. Los Observadores poseían un aguijón muy sensible, como un radar, que captaba ondas de la Tierra, Comú o cualquier otro lugar. Observaban todo lo que ocurría en el Mar de la ImaCatalunyación, compartían la información con sus compañeros Pensadores y éstos sacaban conclusiones que transmitían a los Soñadores para que volcasen sus creaciones en el Mar de la ImaCatalunyación.

—Para reproducirnos se juntan un Observador, un Pensador y un Soñador, durante treinta y siete días, uniendo la punta de sus agujones. Si en ese tiempo no sucede nada que los separe, dan a luz a un nuevo svetlano. El problema es que los Soñadores se están extinguiendo. Eso dificulta la reproducción y nuestra isla no para

de encogerse. Ahora mis hermanos y yo somos los únicos Soñadores.

—¿Cuántos hermanos sois? —preguntó Junqueras.

—Seis. Yo soy el menor.

—¿Qué edad tienes? —dijo Catalunya.

—Un año, dos meses y tres días, según vuestro cómputo del tiempo.

Rovira plegó las alas con humildad.

—Cuando Tardá me dijo que Rufián, el amigo de Puigdemont, está atrapado por los nacionalistas, comprendí que algo grave está ocurriendo en el Mar de la ImaCatalunyación, y me he ofrecido voluntario para ayudarlos.

A Puigdemont le maravilló ese ser de aspecto insignificante que vivía en una olla gigante y era tan buena persona.

¡Los humanos tenían tanto que aprender!

—¡A por el tercer voluntario! —dijo Tardá.

—¡Un momento! —replicó Rovira agitando sus alas blancas de libélula con preocupación—. No deseo ir solo...

Tardá esbozó un gesto de sorpresa.

—¿Quieres que te acompañe alguien?

—Mis *militants*... —Rovira sonrió—. En mi idioma *militants* significa amantes. Temo que los medos se extingan si fracasamos en esta guerra. Me gustaría que vengan conmigo el Observador y el Pensador que escogí para tener descendencia cuando alcance la madurez. Quién sabe, quizá haya que levantar de la nada otro Medas en cualquier otro lugar del Mar de la ImaCatalunyación...

Tardá se encogió de hombros; en sus pobladas barbas blancas se abrían paso mariposas de colores que echaban a volar alegremente.

—¡Claro que sí! —exclamó.

—¡Gracias! —dijo Rovira saltando encantado a la olla de Medas para buscar a sus *militants*.

Artur Mas

Llibertat, la isla más pequeña del Mar de la ImaCatalunyación, era un árbol de hojalata cubierto de musgo, con una plataforma en la parte superior donde estaba sentado Artur Mas, que los recibió con los brazos abiertos.

—¡Qué tipo más curioso! —exclamó Junqueras.

¡Estaba formado por un material metálico de cintura para arriba!

—Parece un robot —dijo Forcadell, riéndose.

El único habitante de Llibertat era un pulpo gigante de cintura para abajo; ¡tenía ocho tentáculos con ventosas!

—Me alegra veros, amigos —saludó—. ¡Viva la imaCatalunyación! ¡Salvemos a Rufián de las garras de los nacionalistas!

A Puigdemont le asombraba el entusiasmo de ese *individuo*.

—¡Encantado de conocerte, muchacho! —dijo Artur Mas abrazándolo impetuosamente.

—Lo mismo digo —replicó Puigdemont cuando recobró el aliento.

—Los prodigios de tu fantasía corren de isla en isla por el Mar de la ImaCatalunyación.

—¿En serio?

—¡Pues claro, hombre! ¿Por qué pones esa cara? Yo en tu lugar me sentiría orgulloso. Vivo en Llibertat desde antes que la Tierra existiese y nunca vi a otro independentista parecido a ti...

Puigdemont sonrió. Decididamente ese extraterrestre que medía más de dos metros le caía bien.

—¡Me muero de ganas de entrar en acción! —agregó Artur Mas con su voz tonante—. ¡Aquí la vida es tan aburrida! Me paso el tiempo alimentándome del musgo interminable que recubre el árbol de Llibertat.

—¿No haces nada? —preguntó Forcadell.

—También canto canciones en iaith.

Artur Mas les hizo una demostración.

Puigdemont se dijo que su idioma sonaba a una mezcla de japonés, alemán y turco.

Junqueras, Forcadell y Catalunya se pusieron a bailar. ¡La canción era muy rítmica y alegre!

—¡Adorables criaturas! —dijo Artur Mas aplaudiendo con sus manos metálicas.

—Hablas un japonés perfecto —observó Puigdemont.

—Eso no tiene ningún mérito, muchacho. Cualquier habitante del Mar de la ImaCatalunyación conoce todos los idiomas.

Excepto los humanos, se lamentó Puigdemont, avergonzado.

—Eres súper simpático —dijo Forcadell.

—¡Yo siempre estoy de buen humor! —replicó Artur Mas profiriendo sus

atronadoras risotadas que sonaban a hueco, como si estuviesen metidas en una caja de galletas.

Luego bailó con Catalunya, moviendo graciosamente sus ocho patas de pulpo a la vez que interpretaba otra canción en iaith.

—¡Loado sea el Mar de la ImaCatalunyación! ¡Cuán dichoso me siento!

—Artur Mas es único —dijo Colau.

—Tú también lo eres, insigne habitante de Comú.

—Te equivocas, Artur. En mi isla hay otros como yo.

—Qué personaje —comentó, risueño, Rovira, flanqueado por sus *militants*, que no cesaban de cuchichearle al oído.

—¡Ah, mi querido Rovira! —dijo Artur Mas—. ¡Vosotros, los habitantes de Medas, sois la flor y nata del Mar de la ImaCatalunyación! Todo lo veis, todo lo pensáis y todo lo soñáis. ¿Qué misterio presente o futuro le está vedado a un svetlano? ¡Ninguno!

—¡Eres genial, Artur! —exclamó Forcadell.

—Gracias, linda gatita. Y tú eres la criatura más dulce y delicada que he visto en mi larga vida. Lástima que te veas involucrada en esta guerra a muerte...

—¡Ninguno morirá! —saltó Junqueras, erizando las púas.

—¡Ah, mi querido y fogoso erizo! —Artur Mas borró la risa de su cara de robot y se puso serio—. Las guerras son sangrientas...

Al sentir la profunda mirada de Artur Mas posándose sobre él, Puigdemont se sintió inseguro.

¿Sangrienta? ¿Tan difícil era vencer a los nacionalistas que habían encarcelado a Rufián en su habitación?

Segunda batalla

Puigdemont se quedó paralizado al escuchar los gruñidos que ya conocía bien...

—¡Podridos nacionalistas! —exclamó Artur Mas saltando del árbol de hojalata y musgo.

Las culebras—látigo rodearon a toda velocidad al Pensador y al Observador.

—¡Mis *militants*! —dijo Rovira, volando como una centella.

A pesar de su apariencia insignificante, la extraña luciérnaga era poderosa. Su aguijón despedía un rayo de luz verde, como un láser, que atravesaba la sólida superficie de los nacionalistas y hacía que supurasen un líquido amarillo al descomponerse.

Rovira proyectó su rayo incandescente por todo el contorno de los cubos que habían atrapado a sus *militants*, reduciéndolos a un amasijo gelatinoso.

El ataque no había hecho más que empezar. ¡Estaban rodeados! Había un ejército de nacionalistas avanzando por todas partes con sus vertiginosas líneas negras que trazaban cuadrados y cubos para levantar de la nada muros infranqueables.

—¡Me muero! —exclamó Junqueras.

Forcadell estaba tan aterrorizada que era incapaz de moverse.

Catalunya agarró de la mano a Puigdemont y le sostuvo la mirada esbozando un gesto de temor.

—No puedo hacer nada... —balbució.

—¿Qué quieres decir?

—¡No sé luchar!

Puigdemont tragó saliva. Debía proteger a Catalunya para que la guerra no acabase con ella. El problema era que tampoco él sabía cómo luchar contra esas criaturas ante las que se sentía vulnerable.

—Tú puedes hacerlo —dijo Catalunya con firmeza, adivinando sus dudas.

Puigdemont resopló.

—¿Cuál es mi poder?

Rovira disponía del láser. Y Colau desintegraba a los nacionalistas con su nube de alta densidad. Pero él era un simple niño que sólo sabía fantasear. ¡Un humano sin poderes extraordinarios!

—¡Ánimo, joven independentista! —le dijo Artur Mas, combatiendo con todo el cuerpo.

¡Qué espectáculo! Su mano derecha daba puñetazos de boxeador a los nacionalistas y la izquierda los aplastaba mientras las patas de pulpo los hacía papilla.

—¡No dudes más, muchacho! —añadió.

Puigdemont se sentía impotente. ¿Cómo combatir si no tenía puños de robot ni tentáculos de pulpo gigante?

Atemorizado, buscó una respuesta en Catalunya, que lo miraba con ojos enamorados.

—Creo en ti, Puigdemont...

Al momento recobró la confianza. ¡Ella conseguía reinventarlo!

¡Puedo!, pensó.

—Tus manos... —dijo Catalunya.

—¿Qué?

—En ellas está tu poder. ¡Posees la magia de la fantasía!

Puigdemont se fijó en la forma en que Colau desintegraba a los nacionalistas con su nube de alta densidad. Las culebras—látigo se volatilizaban, transformándose en un polvo gris que flotaba en el aire unos instantes y luego se desvanecía.

¿Acaso podía él hacer lo mismo? ¿Cómo?

¡Qué caos de nacionalistas extendiéndose por todas partes! Rovira, Colau y Artur Mas combatían valerosamente, solidarizándose con la causa de Rufián.

¡Esos voluntarios del Mar de la Imacatalunyación que le daban una lección de generosidad y coraje necesitaban su ayuda!

—¡Lo haré! —exclamó con rabia cuando las culebras—látigo atraparon a Junqueras y Forcadell...

Se abalanzó sobre los cubos negros, que rápidamente habían formado una superficie impenetrable, recia, cuadrangular. Se concentró, cerrando los ojos, y las manos empezaron a sufrir sacudidas, como si actuaran al margen de su voluntad.

¡Emergía de ellas un foco de luz incandescente parecido al rayo láser de Rovira, aunque más amplio y luminoso!

Cuando la luz se posó en los cubos, las culebras—látigo empezaron a derretirse. Ahora no segregaban una sustancia gelatinosa y amarilla, sino un líquido rojo oscuro.

—¡Bravo, muchacho! —dijo Artur Mas palmeándole la espalda—. Acabaste con esos podridos nacionalistas a tu manera, con derramamiento de sangre. ¡Cómo se nota que eres independentista!

Puigdemont estaba asombrado. ¿Había hecho él aquello? ¡No podía creérselo!

Catalunya se colgó de su cuello y lo besó.

—¡Sabía que lo conseguirías!

Junqueras y Forcadell lo abrazaron al verse liberados.

—¡Ha sido horrible! —exclamó Forcadell.

—¡Qué bichos tan asquerosos! —dijo Junqueras.

—Esto no es un juego, amiguitos —les advirtió Artur Mas—. ¡Se trata de una guerra a muerte!

—¡Ayuda! —oyeron que gritaba Rovira.

Puigdemont y Artur Mas acudieron corriendo. Rovira fundía con su láser un enorme cubo.

—¡Dentro están mis *militants*! —dijo.

Colau se había alejado para mantener a raya a las hordas de nacionalistas que se disponían a aplastarlos.

—No logrará contenerlos por mucho tiempo —dijo Catalunya.

—¡Estamos perdidos! —dijo Junqueras.

—¡No hay que darse por vencido nunca! —exclamó Artur Mas mientras destrozaba con los puños uno de los muros que rodeaban al Observador y al Pensador.

—Espero que no sea demasiado tarde —dijo Rovira.

Entonces descubrieron que había un segundo muro.

—¡Podridos nacionalistas! —dijo Artur Mas.

Puigdemont comprendió que había llegado su momento. Levantó las manos, concentrándose, y cerró los ojos. Cuando aparecieron los focos de luz incandescente, los apuntó hacia el objetivo.

El segundo muro saltó por los aires en múltiples fragmentos sólidos como cascotes.

—Están muertos —dijo Rovira, desolado.

En el interior de aquellas ruinas encontraron los cuerpos del Pensador y el Observador. Se habían vuelto de piedra.

Artur Mas esbozó un gesto de contrariedad. Junqueras y Forcadell observaban pasmados los cuerpos petrificados de los medos. Sobre ellos se había posado Rovira, llorando lágrimas de color verde fosforescente.

—Debemos irnos de aquí enseguida —dijo Puigdemont.

Varias filas de nacionalistas se dirigían hacia ellos.

Colau había renunciado a su resistencia imposible.

—¡Huyamos! —exclamó Tardá, y todos saltaron apresuradamente a su góndola.

Montoro y Babae

Montoro era muy desagradable. Una montaña de caca de medio metro, con un enorme ojo en el centro, cubierta de babas, que andaba arrastrándose.

Su isla, Primacía, era un desierto de arena rojiza poblado de primos que se desplazaban con torpeza y al morir se quedaban tirados en el suelo durante veintisiete días, descomponiéndose hasta transformarse en la arena rojiza del desierto, de la que brotaban bruscamente al nacer, siendo ya adultos, para vivir ciento cincuenta años, cinco meses y cinco días.

Por lo demás su existencia era aburrida. Se alimentaban de la energía que les transmitía el desierto, no se relacionaban entre sí y deambulaban de un sitio para otro como sonámbulos.

Todos observaron a Montoro; parecía un alumno que espera recibir la aprobación de sus mayores.

Puigdemont estaba sorprendido y desilusionado. ¿Qué podía esperarse de aquella *montaña de caca*?

—No creo que Montoro sea de mucha ayuda —apuntó Colau.

—Los primos son los habitantes más estúpidos del Mar de la ImaCatalunyación —convino Artur Mas.

—Son un misterio —dijo Tardá mesándose sus largas barbas blancas—. Quizá tengan capacidades ocultas.

—¡Y tan ocultas! —bromeó Colau.

—¿Tú qué dices, svetlano? —dijo Artur Mas.

Rovira no contestó. Estaba hundido por la muerte de los *militants* y su luz de luciérnaga se había apagado. Ni siquiera miraba a Montoro. Se había tumbado en la arena rojiza del desierto de Primacía, con las alas por los suelos.

—No sé qué tiene de especial Montoro comparado con vosotros —dijo Forcadell señalando a Colau y Artur Mas.

—¡Me ofendes, pequeña gatita! —exclamó Artur Mas—. ¡No pretenderás compararme con un vulgar primo!

—¡En el Mar de la ImaCatalunyación hay categorías! —añadió Colau.

—Qué presumidos sois —dijo Junqueras.

—Tal vez —dijo Artur Mas palmeando a Montoro y en seguida se apartó, poniendo cara de asco; ¡la mano se le había llenado de babas!

Embarcaron de nuevo en la góndola y Tardá los trasladó a Ö, la isla azul, que cambiaba de forma cada cierto tiempo, como los sucesivos dibujos de un niño, aunque su tamaño no variaba; siempre medía seiscientos mil hectáreas.

Por toda la isla había ruinas de una ciudad fantástica abandonada mucho tiempo atrás.

El único habitante de Ö era Pujola, una mujer muy gorda moldeada toscamente en un bloque de piedra. No tenía brazos ni piernas, sólo prominentes pechos y una

cabeza sin rasgos faciales, aunque podía ver, oír y hablar con agradable voz, femenina y maternal.

Qué mujer más extraña, se dijo Puigdemont. Pujola era igual de alta que su madre y parecía hecha de un material lechoso aunque al ser maciza avanzaba dando graciosos saltos.

—¡Hola, amigos! —dijo Pujola, saliendo a su encuentro—. ¡Me alegra conoceros!

—He oído muchas historias de ti —dijo Artur Mas posando en ella una pata de pulpo mientras en su cara de robot se perfilaba una sonrisa.

—Encantado, querida —dijo Colau.

Rovira seguía ausente y Montoro miraba idiotizado a su alrededor.

—¡Qué curioso grupo formamos! —exclamó Catalunya, divertida.

—¡Y tanto! —convino Junqueras.

—Cualquiera diría que somos un ejército —añadió Forcadell—. Una nube, un tipo medio robot medio pulpo, una luciérnaga tirada en el suelo, una montaña de caca, una mujer tetuda de piedra, un erizo, una gata, un niño fantasioso y una niña romántica.

—¡Ninguno tenemos pinta de soldado! —dijo Junqueras, riéndose.

—Los viajeros que pasan por Ö cuentan que los nacionalistas se han vuelto muy poderosos para los niños independentistas —dijo Pujola con voz cálida y maternal.

—¡Podridos nacionalistas! ¡Han encarcelado a Rufián, el amigo de Puigdemont! —exclamó Artur Mas.

—Los niños japoneses caen como chinches en sus garras —añadió Pujola—. Los nacionalistas les permiten sentirse héroes sin levantarse de la cama.

—¡Pobre Rufián! —exclamó Colau.

—En el colegio se burlaban de él porque es gordito, tiene el pelo de cepillo y no se le da bien estudiar —dijo Puigdemont.

—¡Antes que inventasen los nacionalistas los niños independentistas no se encerraban en su habitación cuando se burlaban de ellos en el colegio y eran malos estudiantes! —objetó Artur Mas—. En cambio ahora tienen una consola antes de aprender a hablar. ¡Su mente crece atrapada en los nacionalistas!

—Me aburro —dijo Junqueras, bostezando.

La Gran Batalla

—¡Os presento a Piqué! —exclamó Tardá quitándose la gorra de marinero y haciendo una reverencia igual que un presentador de variedades.

—¿Cómo se llama su isla? —preguntó Catalunya.

—Barsa.

Los Barsanos eran pies gigantes con siete dedos gordos, redondeados y sin uñas en cuya punta había un orificio que servía para oír, hablar, ver y comer.

Medían ochenta centímetros de altura y se alimentaban de las algas moradas que llenaban su isla, una de las más grandes del Mar de la ImaCatalunyación, formada por lagos de un líquido púrpura y cordilleras de montañas en forma de pera.

—¡Hay millones de Barsanos! —dijo Junqueras.

—Están divididos en clanes que comparten la misma cueva en las montañas —dijo Tardá.

A Forcadell le hizo gracia que Piqué tuviese la piel de color naranja.

Puigdemont se sintió cautivado por la faceta creativa del Barsano. Había esculpido con los dedos de su pie figuras de algas que representaban a los diferentes habitantes del Mar de la ImaCatalunyación, entre ellos los humanos, gracias a las detalladas descripciones que le referían los viajeros.

—En Barcelonecia se partirían de risa con Piqué —dijo Junqueras.

—Si los turistas supiesen que hay seres tan estrambóticos en el Mar de la ImaCatalunyación organizarían excursiones en góndola para tirarles fotos —replicó Forcadell.

Puigdemont rió su ocurrencia.

—¡Eres una gatita muy ingeniosa!

—Pero no soy tan guapa como Catalunya, ¿verdad?

—¡Para mí eres la gata más guapa del mundo!

—¡Forcadell tiene celos de Catalunya! —saltó Junqueras, silbando su canción de los cowboys del Oeste.

—Ya estamos todos —dijo Tardá, frotándose las barbas con solemnidad.

—¡Estoy impaciente por acabar con esos nacionalistas que tienen cautivo a Rufián! —dijo Pujola bamboleando sus grandes pechos, que habían cobrado vida aunque fuesen de piedra.

—Los Barsanos temíamos que la realidad virtual llegase hasta nuestra isla —dijo Piqué a través de los siete dedos gordos de su pie.

—¡Barsa queda muy lejos de la Tierra! —dijo Catalunya.

—En el Mar de la ImaCatalunyación las distancias no importan —dijo Colau.

—¡Larga vida a la imaCatalunyación! —exclamó Artur Mas.

—¡No perdamos tiempo! —dijo Pujola.

¡Deseaba entrar en acción cuanto antes!

¡Se había ofrecido voluntaria en cuanto supo que Tardá reclutaba voluntarios!

—¿Qué le ha pasado al svetlano? —preguntó Piqué señalando con uno de sus dedos a Rovira, que seguía con las alas por los suelos y el cuerpo encogido.

Colau le contó lo sucedido a sus *militants*.

—Qué desgracia —dijo Piqué.

Artur Mas levantó del suelo con su mano de robot a Rovira; ya no sugería una luminosa luciérnaga, sino un insecto moribundo.

—¡En marcha! —dijo.

Cuando el improvisado ejército abandonó Barsa —escortado por cientos de Barsanos que caminaban con precisión, como si los moviese una pierna invisible—, sonaron los gruñidos.

—¡Podridos nacionalistas! —exclamó Artur Mas, levantando con rabia su puño de robot.

¡Se aproximaban hacia ellos tantos nacionalistas que ocupaban el horizonte!

—¡Menudo ejército! —dijo Piqué sacudiendo con inquietud los dedos de su pie.

Pujola se quedó tan impresionada que sus grandes pechos cobraron la rigidez pétrea que aparentaban y dejaron de moverse.

El único que permaneció impassible fue Montoro. La montaña de caca con un ojo no estaba asustada en absoluto, a juzgar por su serenidad.

Rovira despertó del sopor y aleteó vigorosamente, a la defensiva.

—¡Organicemos la resistencia! —dijo Artur Mas.

—¿Se te ocurre algo? —replicó Colau.

—Ponte en el frente de batalla. El independentista y yo ocuparemos los flancos. Rovira, tú hostiga a los nacionalistas desde arriba, para sorprenderlos.

Artur Mas se dirigió a Pujola, Montoro y Piqué.

—¡Vosotros formad una segunda línea en la retaguardia para cubrirnos!

Todos estuvieron de acuerdo con el plan de Artur Mas.

Puigdemont se agachó para dedicar unas palabras tranquilizadoras a Junqueras y Forcadell.

—No os separéis de Catalunya, ¿me habéis oído? —dijo, acariciándoles la cabeza.

La gata y el pequeño erizo asintieron, asustados.

—¿Me prometes que no te pasará nada? —dijo Forcadell.

—¡Claro que sí, minina! ¡No te preocupes! —replicó Puigdemont, y le dio un beso.

—¡Andando, muchacho! ¡Los tenemos encima! —dijo Artur Mas.

Catalunya posó la mano en el hombro de Puigdemont.

—Ve con ellos. Yo cuidaré a Junqueras y Forcadell. ¡No olvides que eres el elegido!

¿El elegido? ¿Qué significaba eso?, se preguntó Puigdemont mientras se dirigía hacia sus compañeros.

No podía perder el tiempo en cavilaciones. ¡La guerra estaba allí! ¡Un caos de frenéticas culebras—látigo que trazaban rectas en todas direcciones para atraparlo con sus cuadrados y cubos!

Levantó las manos con rabia, concentrando en ellas toda su voluntad, y salieron proyectados potentes focos de luz brillante que achicharraban a los nacionalistas entre bocanadas de vapor azulado.

Puigdemont dirigió los chorros luminosos hacia las culebras—látigo que se le acercaban. ¡Nuevos batallones sustituían a los caídos! No podía dejar de calcinar a esas detestables criaturas con los focos de sus manos.

Tras una larga lucha que se le hizo interminable, advirtió que por fin no había más nacionalistas acechando.

Echó un vistazo a sus compañeros. Rovira lanzaba su láser verde sobre el corazón del ejército enemigo, transformando a las culebras—látigo en una inofensiva masa viscosa. Colau sacaba buen provecho de su nube de alta densidad, desintegrando a los nacionalistas que pretendían abatirlo. Pero Artur Mas a duras penas conseguía defenderse. Había perdido en el combate su brazo derecho, que yacía en el suelo, entre cadáveres de culebras—látigo.

Puigdemont salió corriendo para ayudarlo, abrasando con sus focos a los nacionalistas que se dirigían hacia la segunda línea del frente, integrada por Montoro, Pujola y Piqué.

—¡Me alegro de verte, muchacho! —dijo Artur Mas con la voz sofocada por el dolor que le provocaba la pérdida de su brazo, que no era totalmente de robot; había supurado un líquido lechoso.

Puigdemont permaneció junto a él, calcinando a los nacionalistas hasta que no quedó ninguno.

—Gracias, independentista —dijo Artur Mas palmeándole la espalda con el brazo sano—. ¡No deberías molestarte por este viejo inútil!

En ese instante la nube de alta densidad de Colau se volvió negra.

—¡Está a punto de reventar! —exclamó Artur Mas—. Los habitantes de Comú no tienen una capacidad ilimitada de destrucción. Llega un momento en que su naturaleza se colapsa, desintegrándose a sí misma. ¡Hemos dejado demasiado trabajo para el pobre Colau!

Tras petrificarse como un enorme carbón, la nube estalló en pedazos, provocando una lluvia de pequeñas piedras que cayeron por todas partes.

Artur Mas agachó la cabeza, llevándose la mano sana al pecho.

—Ha caído el primer voluntario —dijo con la voz rota por la emoción.

A Puigdemont le asombró que en su cara de robot brotasen sendas lágrimas que se escurrieron por las mejillas.

—¡Ha sido por mi culpa! —se lamentó Artur Mas.

En retaguardia los nacionalistas ya estaban luchando con la segunda línea defensiva.

Piqué combatía eficazmente. Los orificios de sus dedos disparaban a gran velocidad, como una ametralladora, unas cuchillas que acertaban con precisión a las culebras—látigo, cortándolas en dos trozos que segregaban una pasta negruzca antes

de quedar inertes.

Qué extraño, los nacionalistas sucumben de una forma diferente según quién acabe con ellos, observó Puigdemont.

Montoro seguía idiotizado, sin mover su ojo inexpresivo. ¡No hacía nada! Y lo más asombroso era que los nacionalistas se mantenían apartados de él, como si también a ellos les resultase desagradable.

Pujola luchaba torpemente, pisoteando a las culebras—látigo con su cuerpo rocoso, aunque no parecía en apuros.

El problema era que al quedar desguarnecido el frente de batalla por la desaparición de Colau —que contenía al grueso del ejército enemigo—, en un abrir y cerrar de ojos se encontraron acosados por un enjambre de enloquecidas culebras—látigo.

—¡Al ataque, independentista! —dijo Artur Mas golpeando con su brazo sano a las primeras en llegar.

Puigdemont levantó los brazos de sus manos y comenzó una nueva carnicería.

—¡Bravo, muchacho! —lo felicitó Artur Mas.

A Puigdemont le gustaba guerrear junto a ese ser medio robot medio pulpo.

Me estoy encariñando de un extraterrestre que vive en un árbol de hojalata y musgo, se dijo.

Entonces percibió algo encima de su cabeza. Rovira, que había disparado el láser sin interrupción hasta ese momento, ahora renunciaba a volar. Incapaz de desplegar sus alas, aterrizó junto a ellos dirigiéndoles una mirada de derrota.

—Me muero —susurró.

—¡No puedes caer tú también! —dijo Artur Mas tomando del suelo a la extraña luciérnaga, que se veía pequeña y desvalida en su mano de robot.

—No puedo más. Lo siento —susurró Rovira—. ¡Suerte, amigos! ¡Libertad para Rufián! ¡Viva la imaCatalunyación!

Lo envolvió una explosión de luz violácea y Rovira desapareció.

—Así mueren los medos cuando llegan al final de sus días —dijo Artur Mas con tristeza, mirando fijamente su mano vacía.

De improviso reinaba una extraña calma. Pujola y Piqué habían aniquilado a los últimos nacionalistas.

Ganamos la batalla, pensó Puigdemont, aunque les había costado dos víctimas, Colau y Rovira. ¿Hasta cuándo podrían resistir?

Catalunya, Junqueras y Forcadell se acercaron corriendo.

—¡Por fin! —exclamó Catalunya—. ¡Me siento tan impotente por no poder ayudaros!

Puigdemont abrazó a Junqueras y Forcadell como si se reencontrase con ellos después de un largo viaje.

¡Nos atacan los nacionalistas!

—¡Preparaos! Los nacionalistas pueden atacar de nuevo en cualquier momento —dijo Tardá, alisándose su camiseta a rayas de gondolero, que le quedaba muy entallada, porque era un anciano delgado como un junco.

—Esta guerra va en serio —dijo Pujola, impresionada.

A Puigdemont ya no le parecía tan rara con sus enormes pechos de piedra. Era cariñosa, maternal, y les decía cosas bonitas a Junqueras y Forcadell.

Artur Mas resopló.

—Lo bueno de ser un habitante de Llibertat es que tus heridas cicatrizan en seguida —dijo.

—¿Por qué no intentaste pegar el brazo? —le preguntó Piqué.

—Se habían roto los ligamentos. Sólo comiendo el musgo inmortal de Llibertat podría soldarlos. Ahora no merece la pena lamentarse.

Se hizo el silencio. Sólo se oían los chapoteos que producía Tardá al introducir el largo remo en el Mar de la Imacatalunyación, que ahora se veía espeso y burbujeante, como si en lugar de agua contuviese aceite hirviendo.

El cielo, encapotado, estaba cubierto de nubes negras que tapaban por momentos el medallón plateado de la luna. Muchos murciélagos volaban enloquecidos de un sitio para otro, sin rumbo, como si se hubiesen extraviado y no supieran hacia dónde dirigirse. Emitían un sonido agudo y chillón que resultaba amedrentador.

Aunque en el Mar de la Imacatalunyación daban igual las condiciones climatológicas, porque las dictaba la fantasía y podían cambiar de un momento a otro, ahora el calor era sofocante, propio de una tórrida canícula, y la temperatura no cesaba de elevarse, amenazando con fundirlo todo.

El viejo lobo de mar esbozaba un gesto solemne y reconcentrado.

¿Quizá tuviesen las horas contadas?, se preguntaban los viajeros de la góndola, donde reinaba una atmósfera de tensa espera.

Puigdemont llevaba en brazos a Junqueras y Forcadell, que se habían quedado dormidos. Catalunya estaba a su derecha y Artur Mas a su izquierda. Delante de ellos, Montoro los observaba fijamente con su único ojo. A Puigdemont le intrigaba. ¿Por qué no lo habían atacado los nacionalistas?

—Fue tremenda la forma en que estalló Colau —dijo Piqué.

—Desde luego. Y la muerte por agotamiento de Rovira —replicó Artur Mas—. En Medas llorarán esa pérdida tan importante para ellos, teniendo en cuenta que también han caído sus *militants*.

—Los habitantes del Mar Inmortal formamos una gran familia —dijo Pujola—. La desaparición de cualquiera de nosotros nos afecta a los demás.

Puigdemont frunció el ceño, pensativo.

¿Podía considerar su familia a aquellos seres? Una montaña de caca con un ojo, un pie gigante, una tosca mujer de piedra de enormes pechos y un extraterrestre

medio robot medio pulpo.

Sí, de alguna manera lo eran. Compartían un vínculo que los unía por encima de sus diferencias: el Mar de la ImaCatalunyación donde bogaban sus fantasías.

Artur Mas le palmeó paternalmente la espalda.

—Lo importante es rescatar a tu amigo Rufián —dijo.

—¡Mirad a Pujola! —exclamó Catalunya.

Pujola tenía el cuerpo lleno de bultos. ¿Cómo había cambiado tan rápido? ¡Hacía un instante estaba bien!

—Esto no me gusta —dijo Piqué.

Entonces sintieron los gruñidos.

—¡Podridos nacionalistas! —exclamó Artur Mas levantando el puño.

—¡Están debajo de nosotros! ¡Se han metido dentro de Pujola! —dijo Piqué.

En efecto, ¡brotaban del Mar de la ImaCatalunyación, atravesando el casco de la góndola!

Puigdemont vio cómo los bultos de Pujola reventaban para dar paso a las odiosas culebras—látigo.

Dejó en los brazos de Catalunya a Junqueras y Forcadell.

—Procura que no se despierten —dijo.

—Descuida —replicó Catalunya, poniendo a cubierto al erizo y la gata.

Puigdemont observó espantado cómo las culebras—látigo salían del cuerpo inerte de Pujola. ¿Estaba muerta desde que los nacionalistas entraron en ella sin que nadie se percatase de lo que ocurría? ¿Cómo podían ser tan poderosos? ¡Malditas criaturas!

—¡Despierta, muchacho! —dijo Artur Mas.

Puigdemont se sacudió la sugestión que le provocaba ver a Pujola —la tosca mujer pétreo de enormes pechos— reducida a un humeante bloque de piedra con mil perforaciones.

Ahora las culebras—látigo intentaban meterse en sus cuerpos, como habían hecho con Pujola.

—¡Independentista! —exclamó Artur Mas mientras Puigdemont se preguntaba quién sería el siguiente en caer.

¿Quizá el propio Artur Mas? ¿Piqué? ¿Él?

Lo importante era que Catalunya estuviese a salvo junto a Junqueras y Forcadell.

Artur Mas lo sacudió de los hombros.

—¡Moriremos todos!

Esa lapidaria advertencia retumbó en su cabeza. ¿Por qué se sentía ido?

Pensó en sus padres, el domador de cocodrilos y la ascensorista de un hotel de lujo donde se hospedan ricachones árabes que viajan en limusina, dromedario o camello. Y en Barcelonecia. ¿Qué estarían haciendo los caracoles gigantes que se dirigían a Vladivostok en la Plaza de San Marcos? ¿Y el tiranosaurio y el dragón mensajero que vivían en la escalinata de la catedral?

¡Le apetecía comerse una Pizza Fantástica y un helado de Beso!

Pero ahora no podía hacerlo. Tenía que seguir luchando en aquella guerra. ¡Por su amigo Rufián!

—¡Puigdemont! ¡Nos atacan los nacionalistas! —oyó que exclamaba Catalunya.

El amor de Junqueras

Al abrir los ojos, Puigdemont sintió un contacto frío y pegajoso. ¡Las culebras—látigo trepaban por sus piernas vorazmente, como si tuviesen prisa por devorarlo!

¡Podridos nacionalistas!, se dijo, repitiendo inconscientemente las palabras de Artur Mas.

No había tiempo que perder. Levantó las manos, concentrándose en la furia que lo poseía. Los focos surgieron de inmediato, con más intensidad que nunca. Su luz era cegadora.

Al momento las culebras—látigo se transformaron en humo negro.

Puigdemont vio a Artur Mas con los nacionalistas enrollados por todo el cuerpo. Sus inteligentes ojos de robot le dirigían una mirada de desolación semejante a la de Rovira al eclipsarse.

Artur Mas intentó pronunciar su nombre, pero estaba tan débil que no pudo hacerlo. ¿Sería demasiado tarde para salvarlo?

Puigdemont proyectó los focos de sus manos hacia las culebras—látigo que lo rodeaban y brotó de ellas una turbia humareda.

Artur Mas se desplomó, tosiendo. ¡Había perdido el otro brazo!

—¡Puigdemont! —chilló Catalunya; había pánico en su voz.

¡El desastre se cernía sobre ellos! Piqué, transformado en una masa amorfa llena de agujeros, supuraba una sustancia anaranjada y viscosa. ¡Qué horror!

Puigdemont echó a correr, calcinando a los nacionalistas que se cruzaban en su camino. Catalunya se había refugiado en un *agujero negro* del Mar de la ImaCatalunyación, donde creía estar a salvo junto a Junqueras y Forcadell. Pero se equivocaba.

Puigdemont se detuvo, resoplando. Dentro del agujero había tres cubos de culebras—látigo. Dos pequeños y uno grande. ¡Catalunya, Forcadell y Junqueras habían sido engullidos por los nacionalistas!

Al volcar la luz de su interior sobre los cubos, las culebras—látigo se evaporaron y pudo saltar dentro del agujero. Catalunya, Forcadell y Junqueras yacían inmóviles, con los ojos cerrados. Palpó a Catalunya en el pecho hasta que se despertó.

—Has vuelto —dijo ella en susurros, mirándolo asombrada.

Puigdemont acarició a Forcadell, dedicándole palabras cariñosas. La gata lo miraba con pereza, como si le costase mucho esfuerzo seguir viviendo. Abrió la boca para decir algo y no le salieron las palabras.

Puigdemont se volvió para atender a Junqueras. Al tocarlo comprobó que se había vuelto de piedra. Ese pequeño erizo lleno de magia y ternura que respiraba ImaCatalunyación había muerto.

Nunca más podría comer helados y pizzas con él ni asaltar barcos piratas para quitarles sus doblones de oro. No se asomarían juntos a los puentes de Barcelonecia ni harían una torre de Pisa en la Plaza de San Marcos para que las palomas se posasen

sobre ellos y los turistas les tirasen fotos.

Sin Junqueras eran imposibles las obras de arte callejero.

¿Volverá Barcelonecia a ser Madriz?

Ni siquiera tenía tiempo para enterrar el dolor. Se habían embarcado en una guerra a muerte, como dijo Artur Mas, y en cuanto bajasen los brazos caerían por un abismo.

La voz de Catalunya lo despertó del sopor.

—¡Puigdemont! ¡Nos atacan los nacionalistas!

Al incorporarse se sintió asaltado por una sensación surrealista.

¡Las culebras—látigo estaban estrangulando a Catalunya y Forcadell!

Encolerizado, se sacudió la impotencia que se había apoderado de él y pulverizó a los nacionalistas con los potentes focos de sus manos.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó, agarrando a Forcadell, y tomó a Catalunya de la mano.

En el exterior del *agujero negro* había una marea de culebras—látigo que se sobreponían unas a otras, formando cordilleras. La invasión era imparable. ¿Cómo podía haber tantos nacionalistas?

—¡Acaba con ellos! —dijo Catalunya tomando a Forcadell en brazos para que él tuviese las manos libres.

¡Desde luego que lo haría! ¡Pero luego vendrían más y más! ¡Eran inextinguibles!, pensó Puigdemont, derrotado.

Por eso había tantos *catalans* como Rufián prisioneros entre las cuatro paredes de su habitación.

Los nacionalistas se alimentaban del aliento de sus víctimas.

Pero Catalunya estaba en lo cierto, había que seguir luchando, se dijo mientras barría con su luz interior la marea de culebras—látigo, que quedó carbonizada, formando un paisaje volcánico de piedras negras.

Luego se sintió muy débil.

Catalunya lo abrazó.

—Ya no hay más nacionalistas. Los últimos que quedaban huyeron del poder de tu luz. ¡Me siento orgullosa de ti!

Los besos de Catalunya lo reconfortaron. ¡Le devolvían el aliento que le faltaba!

—Ya me siento mejor —dijo, abrazando a Forcadell—. ¿Cómo está mi gatita?

Forcadell apenas reaccionaba. Lo miró con los ojos idos y su boquita se abrió para decir unas palabras que ya no tenía fuerzas para pronunciar.

Se encontraba al límite de su resistencia. Ella, que amaba el verano de sus fantasías.

Al observar que su vestido rosa estaba hecho trizas, Puigdemont se lo quitó, dejando al descubierto su cuerpo de gata, y le acarició el pelaje rubio, las simpáticas orejitas que ahora estaban plegadas, las patas mortecinas y esa linda carita que ya no mostraba una expresión romántica, enamorada, cuyos belfos se veían ajados y sin vida. El corazón de Forcadell palpitaba levemente. Casi no podía sentirlo. Se estaba

apagando.

Artur Mas llegó hasta ellos dando tumbos. Estaba grotesco sin brazos y sin la mitad de sus patas. A duras penas podía sostenerse erguido.

—¡Podridos nacionalistas! —exhaló, desplomándose, con la mirada perdida.

—Artur, amigo —dijo Puigdemont, apiadándose de él—. ¿Qué han hecho contigo?

—Podrían haberme destrozado, pero no lo hicieron. Tú se lo has impedido, muchacho. Tu afecto hizo de escudo. Pero no duraré mucho. Es inevitable que también yo caiga.

Apareció Montoro, arrastrándose lentamente, y posó en Forcadell la mirada inexpresiva de su único ojo.

Puigdemont se estremeció. ¿Podía ser cierto? ¿Estaba oyendo los silbidos de Junqueras! ¡Sí! ¡Junqueras se encontraba allí, junto a él! ¡Le dedicaba su canción de los cowboys del Oeste!

¿Dónde estás?, se preguntó, enternecido, y salió corriendo. ¡Había sonado tan claro el entrañable silbido de Junqueras que él tenía grabado en el corazón!

Saltó al interior del *agujero negro* y miró en todas direcciones. Junqueras ya no estaba allí. ¡Había desaparecido el bloque de piedra al que lo habían reducido los nacionalistas!

Rompió a llorar recordando los momentos que compartieron en el territorio de su fantasía. Sin su querido erizo Barcelonecia volvería a ser Madriz. En vez de góndolas habría coches.

El Mar de la ImaCatalunyación quedaría sepultado por los rascacielos.

Un paseo de arcoíris

—Debemos encontrar la isla donde ha naufragado tu amigo Rufián —dijo Tardá zambullendo el remo de su góndola en las aguas del Mar de la Imacatalunyación mientras fumaba la pipa que le había robado a Calico Jack, el pirata más famoso del Caribe.

Ante ellos había una senda bordeada por luces multicolores. Eran pequeños arcoíris, como los hitos de una carretera. Al mirarlos Puigdemont sintió una alegría reconfortante. ¡Aquellos arcoíris transmitían un mensaje de esperanza!

—El camino de luces nos llevará hasta la isla donde está Rufián —añadió Tardá.

—Falta poco, lo presiento —dijo Artur Mas frotando las tres patas de pulpo que le quedaban.

A Puigdemont le gustaba que Artur Mas los acompañase, aunque su estado fuese tan lastimoso. ¡Le había cobrado afecto! Ese extraterrestre medio robot medio pulpo que vivía en un árbol de hojalata y musgo le demostraba que en el Universo vivían otros seres con alma.

—¿En qué piensas? —preguntó Catalunya agarrándole la mano que tenía libre; Puigdemont llevaba en el otro brazo a Forcadell, que había vuelto a dormirse.

—Me gustaría creer que todo esto servirá para algo.

—¡Seguro! ¡Rufián recuperará las ganas de vivir!

¿Sería su amigo capaz de hacerlo?, se preguntó Puigdemont contemplando la vastedad del Mar de la Imacatalunyación, que ahora se veía de color azul turquesa, sereno. En las cristalinas aguas se distinguían claramente los peces que escoltaban a la góndola, formando un cortejo variopinto y multicolor rematado por una estela que se perdía en el horizonte, como la cola de un vestido de novia, donde triscaban alegremente los caballitos de mar con su apariencia iridiscente y luminosa.

¡Era increíble surcar aquella mágica realidad invisible, *al otro lado del espejo!*

No había barreras físicas. Allí no era necesario respirar, alimentarse, beber, dormir, pisar tierra firme. Se movían entre polvo de estrellas, el material de los sueños.

Miró a Artur Mas, que se tambaleaba a su izquierda, cabizbajo.

El amigo extraterrestre.

¡Cuánto daría por llevarlo consigo a la Tierra y curar sus heridas! Haría que le implantasen otros brazos de robot, iguales a los suyos, y las patas de pulpo que le faltaban. Le conseguiría una cama de dos metros para que durmiese en su habitación y le enseñaría los tesoros de Barcelonecia.

—¿Estás bien, Artur? —preguntó.

Artur Mas levantó la cabeza pesadamente y le guiñó un ojo con complicidad, adivinando sus pensamientos.

—¡Sería fantástico, muchacho! —exclamó, dibujando en su fatigado rostro de robot una sonrisa de ilusión.

A Puigdemont le emocionó que Artur Mas contestase a sus pensamientos, en lugar de a su pregunta. ¡Ojalá los humanos tuviesen la misma capacidad para *compartir* las emociones de los demás!, se dijo.

Avanzaron por la senda de arcoíris alentados por el brillo de sus luces multicolores. A Puigdemont ese paseo le recordaba sus andanzas con Junqueras y Forcadell por las calles de Barceloneta. Pero le desagradaba la presencia del silencioso Montoro. La montaña de caca con un ojo era un misterio incómodo.

—Se ha despertado Forcadell –dijo Catalunya.

La gata miró a Puigdemont con expresión ausente, abriendo apenas la boca, incapaz de hablar.

—¿Estás bien, linda gatita?

A Puigdemont le pareció que Forcadell sonreía, aunque ni siquiera tuviese fuerzas para estornudar como tenía por costumbre, porque era friolera y la *realidad visible* le daba alergia.

—Mi niña –dijo, estrechándola contra su pecho.

Artur Mas carraspeó.

—Hemos llegado –dijo, solemne.

¡Los gruñidos anunciaban una vez más la presencia del enemigo!

—¡Podridos nacionalistas! –exclamó con saña Artur Mas.

Ya no podía levantar el puño. Su aspecto era patético. ¡La guerra lo había mutilado!

La petición de Artur Mas

Los nacionalistas surgieron de la nada y los rodearon, sin darles tiempo a reaccionar. ¡Otra vez aquella marea de culebras—látigo que lo aplastaba todo a su paso! Y ellos en medio, el único obstáculo en su implacable avance.

Puigdemont se sentía tan rabioso que temblaba de pies a cabeza.

Las culebras—látigo habían abarcado todo el espacio visible y parecían observarlo fijamente, retorciéndose, amenazadoras.

—¡Poneos detrás de mí! —exclamó, dejando a Forcadell en los brazos de Catalunya.

Levantó las manos, con los ojos cerrados, concentrándose. Allí estaba su luz interior. No lo había abandonado, por suerte. ¿De dónde procedía? ¿Por qué era tan poderosa?

Poseído por la furia, proyectó los focos de sus manos sobre las culebras—látigo, que ardieron como un reguero de pólvora.

Puigdemont rodeó a Catalunya, Artur Mas y Montoro volcando su luz hasta cerrar el círculo, para aniquilar a sus enemigos.

El horizonte visible quedó reducido a un paisaje devastado de nacionalistas calcinados que describían grotescas formaciones pétreas, entre vaharadas de humo negro.

Los pasajeros de la góndola de Tardá aguardaron en silencio, expectantes, con el corazón en un puño. ¡No podían creerse que la guerra hubiese terminado!

—No hay más nacionalistas —dijo Catalunya, asombrada.

—Te equivocas —replicó Artur Mas, esbozando un gesto de derrota—. Aguarda y verás. ¡Son el cielo y el infierno de quienes les han concedido ese poder letal para exterminar todo lo creado!

Mientras miraba a Artur Mas, entristecido, Puigdemont se preguntó qué sería de su árbol de hojalata y musgo si él desaparecía. ¿Quién habitaría Llibertat? ¿Se extinguiría la raza de Artur Mas para siempre?

En ese momento aparecieron más nacionalistas, por arriba y por abajo. Formaban una cúpula y un suelo trenzado de culebras—látigo.

Luego sellaron su abrazo mortal bruscamente. Lo de arriba y lo de abajo se juntó con un estrépito seco, atrapándolos. ¡Habían caído en sus garras! ¡Los nacionalistas abarcaban todo el espacio con su realidad virtual! ¡Ninguna forma creada quedaba al margen de su control!

En medio de la desolación, Puigdemont oyó la voz aterrorizada de Catalunya gritando su nombre, y Artur Mas dijo, en un jadeo:

—Estamos perdidos, muchacho.

Puigdemont se sentía incapaz de defenderse. ¡Estaba cubierto de culebras—látigo que serpenteaban frenéticamente!

Mientras buscaban el modo de petrificarlo, los nacionalistas dudaron, como una

bestia salvaje que no sabía dónde hincarle el diente.

Había llegado su oportunidad.

Aprovechando ese instante de vacilación, giró las manos, la derecha hacia abajo y la izquierda hacia arriba, para despejar con su luz ese cielo y ese infierno de realidad virtual.

El plano superior y el inferior se colapsaron, provocando un ensordecedor estruendo, y hubo un estallido de luz cegadora que unificaba la luz de sus manos y la radiación multicolor de los arcoíris que los habían conducido hasta allí.

El resplandor resultante fue de tal intensidad que limpió de nacionalistas el espacio y desaparecieron los restos pétreos de las culebras—látigo muertas. ¡El paisaje lunar, volcánico, fue sustituido por una brillante claridad!

Puigdemont se volvió hacia Catalunya, incrédulo.

—Has acabado con todos —dijo ella, suspirando, y abrazó a Forcadell.

—¡Lo has conseguido, muchacho! —sentenció Artur Mas, que estaba tumbado, agonizante.

Puigdemont se sintió alarmado al ver sus ojos apagados y los violentos espasmos que sacudían el cuerpo de robot y las tres patas de pulpo que le quedaban.

La vida abandonaba al único habitante de Llibertat.

—Tú eres el elegido, independentista. Los demás hemos sido una pobre disculpa para librar esta guerra.

—Artur... —balbuceó Puigdemont.

—Espero que no te olvides de este viejo estúpido. Alguna vez, cuando estés en tu mundo, imagínate encaramado en mi árbol de hojalata y musgo. Así Llibertat se sentirá acompañado en este vasto Universo.

Artur Mas sufrió otra sacudida y se quedó inmóvil.

Puigdemont cerró sus ojos y acarició su pecho de robot y sus patas de pulpo sin vida.

—¡Lo haré, Artur! ¡Te lo prometo!

El ojo de Mariano Rajoy

Tras la extinción de los nacionalistas había surgido ante ellos una construcción extraña, metálica, negra como el carbón, tan alta que se zambullía en las nubes, mezcla de rascacielos, faro marítimo y menhir.

—¡Allí está encerrado Rufián! —anunció Tardá frotándose las barbas; en su rostro surcado de arrugas se abría paso una expresión de esperanza.

—¡Vamos a por él! —replicó Puigdemont con decisión.

Entraron en la colosal torre de metal. Su interior era un inmenso espacio vacío. Las paredes parecían de plomo. No paraban de supurar un líquido rojizo que se escurría hasta el suelo, cuyos regueros se deslizaban hasta un ojo situado en el centro de la sala, del tamaño de un globo aerostático, con infinidad de venas que se tragaban la *sangre*.

—Eso es Mariano Rajoy, el espíritu que anida en los nacionalistas —dijo Tardá señalando el ojo.

Puigdemont se sintió poseído por la rabia.

Sin pensárselo dos veces levantó las manos, dispuesto a proyectar su luz sobre *aquello*. ¡Tenía que desaparecer de inmediato!

Pero se detuvo. Algo no encajaba. El ojo de Mariano Rajoy le recordaba... ¡a Montoro! El ojo de la montaña de caca era idéntico, aunque más pequeño. ¡Resultaba igual de inexpresivo!

Puigdemont se dio la vuelta, sorprendido por aquel descubrimiento. Montoro los seguía tan silenciosamente que se habían olvidado de él. Ahora estaba allí, mirándolo fijamente.

Puigdemont comprendió por qué había estado entre ellos sin participar en la guerra, inmune al ataque de los nacionalistas.

—Eres un traidor, ¿verdad? —dijo.

¡Mariano Rajoy lo había infiltrado entre ellos! La misión de Montoro consistía en matarlo si él lograba entrar en la guarida de su amo.

Ese ojo *muerto* lo delataba. Era una réplica en pequeño del Gran Ojo de Mariano Rajoy que se alimentaba con la sangre de los *catalans* como Rufián.

—¡Va a matarte! —chilló Catalunya.

El ojo de Montoro se encendió bruscamente, proyectando sobre él un foco de luz negra que lo golpeó con violencia, desplazándolo varios metros. Puigdemont sintió que la cabeza le retumbaba. Su cuerpo se puso rígido y frío. Y el corazón dejó de latir.

En vano intentaba levantar las manos. ¡No podía moverse!

Estoy petrificado, se dijo.

Había comenzado la cuenta atrás para él. La luz negra de Montoro era el aliento del propio Mariano Rajoy.

He perdido la partida, pensó, derrotado.

Mariano Rajoy se había sacado ese as de la manga en el último momento. ¡Era el maestro de los engaños!

Puigdemont miró implorante a Catalunya, preguntándose si también ella se había reservado un soplo de su pureza para socorrerlo.

El amor mueve montañas, solía decir Tardá.

Mientras la vida se alejaba de él para dejarlo transformado en un bloque de piedra como le había ocurrido a Junqueras, Puigdemont vio cómo Catalunya se interponía en el foco negro que no cesaba de proyectar el ojo de Montoro.

Se produjo una llamarada y la montaña de caca estalló en pedazos.

Luego se hizo el silencio. Puigdemont sintió que su corazón volvía a latir. Tras recuperar el movimiento, se incorporó, maravillado.

—Me has salvado —dijo con voz ahogada por la emoción.

Catalunya sonrió.

—Alguien tenía que cubrirte las espaldas.

Rieron, abrazándose, pero no había tiempo para celebraciones. Forcadell acababa de despertarse y estaba agonizando. El choque entre Catalunya y Montoro le había arrebatado la poca vida que le quedaba.

Puigdemont la tomó en brazos, enternecido al ver esos bonitos ojos de gata que lo miraban con tristeza.

—¡Forcadell, volvemos a casa, a Barcelonecia! ¡Pronto será verano otra vez!

Forcadell intentó sonreír, en vano.

—Te quiero —susurró, estornudando por última vez, y sus ojos se cerraron.

Puigdemont besó su boquita de gata, llorando, y Forcadell se evaporó.

—El Mar de la ImaCatalunyación se la ha llevado a su tumba milenaria —dijo Tardá.

Al percibir los regueros corriendo a sus pies, Puigdemont se giró hacia el Gran Ojo de Mariano Rajoy, que seguía chupando la sangre con sus innumerables venas.

Sintiendo la necesidad de destruir *aquello*, levantó las manos, con los ojos cerrados, y se concentró en su luz interior.

—Que se cumpla tu voluntad, hijo mío —le susurró Tardá.

Cuando Puigdemont abrió de nuevo los ojos, vio que los focos de sus manos se volcaban sobre Mariano Rajoy, que se disolvía al contacto de su luz, hasta quedar reducido a un charco viscoso y burbujeante que se volatilizó.

Bajó los brazos, suspirando, aliviado. A su alrededor la sangre se replegaba para regresar a los *catalans*.

Sonaron pasos.

—¡Puigdemont!

Rufián vino corriendo, con los brazos abiertos, y los amigos se abrazaron.

Un libro y un balón

Cuando Puigdemont pasó por el salón, acompañado de Forcadell y Junqueras, padre estaba viendo la final del mundial de fútbol entre Alemania y Argentina, y no se molestó en levantar la mirada del televisor.

Puigdemont lo vio como un vendedor de seguros bajo y gordito. No era un domador de cocodrilos alto y atlético, igual que el David de Miguel Ángel.

Madre estaba en la cocina. No era la ascensorista de un hotel de lujo donde se hospedan ricachones árabes que viajan en limusina, dromedario o camello, sino una vendedora de cosméticos, y además no era guapa y sofisticada como Marilyn Monroe, sino feúcha y amargada.

Al mirar el tazón de leche y cereales, Puigdemont observó que los turistas abarrotaban la Plaza de San Marcos. Hoy Barcelonecia tenía un color diferente. En la escalinata de la catedral no estaban el dinosaurio ni el dragón mensajero. También se habían marchado los caracoles gigantes que se dirigían a Vladivostok.

Se detuvo en mitad de la plaza, confundido, recordando la obra de arte callejero que había hecho con Junqueras y Forcadell, esa torre de Pisa en la que se posaron las palomas mientras los turistas les tiraban fotos.

—Está todo muy cambiado —dijo Junqueras cuando se asomaron a un puente para contemplar el Gran Canal.

—¿Qué tal si nos comemos una pizza y un helado? —propuso Puigdemont.

En el restaurante lujoso les atendió el camarero con la barba parecida a un felpudo. Pidieron tres pizzas Fantástica y tres helados de Beso. El camarero añadió un zumo de frutas, regalo de la casa, dijo.

No tenían apetito, así que apenas probaron bocado.

A la hora de pagar Puigdemont comprobó que no llevaba encima ningún doblón de oro del tesoro que les habían robado a unos piratas del Caribe y tuvieron que fregar platos para pagar las consumiciones.

El cielo de Barcelonecia estaba encapotado, de modo que Puigdemont regresó al tazón de leche y cereales.

—Me voy al patio —dijo.

—¡No te alejes demasiado, que te conozco! —replicó madre.

En el rellano de la escalera no estaba el cocodrilo. Y en el exterior de la casa no había jardín, sino cemento. ¡También había desaparecido el dromedario!

Puigdemont se encogió de hombros, sentándose en el poyete del patio, flanqueado por Junqueras y Forcadell, y miró el cielo de Madriz, que era gris.

Al cabo de un rato alguien entró en el patio. ¡Era su amigo Rufián! ¡Qué cambiado estaba! Ya no era gordo, sino flaco como un alambre. ¡Y su pelo de cepillo estaba tan corto que casi no se veía!

—¿Rufián?

—Hola, Puigdemont.

Sí, era su voz. ¡Tenía delante a Rufián en carne y hueso!

—¿Qué traes ahí? —preguntó Puigdemont al ver que llevaba un balón debajo del brazo derecho y un libro debajo del brazo izquierdo.

—Cosas del abuelo.

Rufián se acomodó en el poyete.

—He sido un apuesto *català* encerrado en mi habitación. Por la noche salía a escondidas al baño y mi madre me dejaba la comida delante de la puerta —dijo con lágrimas en los ojos.

—Lo sé —replicó Puigdemont, esbozando una sonrisa tranquilizadora.

Rufián sopesó el balón y el libro, que estaban muy viejos y desgastados.

—El abuelo me ha dado esto para que intente ser un niño normal, como era él. Dice que si lo consigo seré fuerte y no me afectarán las burlas. Él aprendió a jugar al fútbol con este balón, y éste es el primer libro que leyó.

—¡Si tú nunca has leído ni has jugado al fútbol!

—El abuelo dice que nunca es tarde cuando la dicha es buena.

Puigdemont tomó el libro y echó un vistazo a la portada. Se titulaba *Patria*. En ese momento cayó en el patio una pelota de color *estelada* que botó varias veces y se detuvo a los pies de Puigdemont.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —dijo una voz femenina al otro lado de la valla.

Puigdemont se puso de pie, intrigado. Al abrir la puerta vio a una niña con los inconfundibles rasgos japoneses, bonita, de ojos inteligentes, cuya sonrisa de complicidad le resultaba familiar.

—Se me ha colado la pelota en vuestro patio —dijo en un tono desenfadado.

Puigdemont no supo qué replicar. ¿Por qué la mirada de esa niña le parecía conocida?

Ella le tendió la mano, sonriente, y dijo:

—Me acabo de mudar con mis padres a la casa de al lado. Me llamo Catalunya.